

PEDRO G. CUARTANGO  
11/02/2017 | Pág. 2 | OPINIÓN

## TIEMPO RECOBRADO

### *Laponia del Sur*

---

EL PERIODISTA Paco Cerdà acaba de publicar un maravilloso libro sobre la llamada Laponia del Sur, que así se denomina a la desolada España interior que se extiende por las provincias de Burgos, Soria, Segovia, La Rioja, Guadalajara, Cuenca, Teruel, Zaragoza y otras.

Los últimos, que es su título, es un viaje a ese agujero negro de casi 70.000 kilómetros cuadrados, la Serranía Celtibérica, con 1.300 pueblos que se van muriendo desde hace décadas cuando sus habitantes decidieron emigrar a las ciudades en los años 60 por falta de horizontes.

Con una densidad de menos de ocho habitantes por kilómetro cuadrado, la fría y montañosa Laponia del Sur es la región menos habitada de Europa y, en pocos años, superará a la Laponia del Norte si sigue la tendencia al despoblamiento.

Sentimentalmente me considero un miembro más de esta comunidad de gentes rectas y austeras que conservan ese orgullo castellano de no ser más que nadie pero tampoco menos. En estas tierras en las que el hombre labra su tierra cada uno sigue siendo dueño de sí mismo.

Sostiene Paco Cerdà con ironía que en Laponia del Sur no funciona la teoría de las catástrofes, según la cual el aleteo de una mariposa en Extremo Oriente puede provocar un desastre en Nueva York. Cuenta al respecto que el maestro de Cuevas de Cañart, un pueblo de Zaragoza de 80 habitantes, estaba en el bar viendo la televisión cuando se produjeron los atentados contra las Torres Gemelas. Aunque él llamó la atención a los parroquianos que jugaban a las cartas sobre la trascendencia del evento, ellos siguieron indiferentes con su partida. Uno de ellos se levantó de la mesa, comentó que el invierno iba a ser muy frío y se fue a su casa.

El texto de Cerdà es una crónica de la desolación y el abandono, de lo que fue y ya no es, de tejados que se hunden y vigas que se pudren, de estepas solitarias e inviernos interminables en los que las viejas cubiertas con un pañuelo negro se refugian en la cocina, al calor de los fogones.

Hay también en el libro un largo diálogo con mi querido amigo Moisés Salgado, prior de Silos, natural de Gumiel de Izán, que a los 14 años tomó la decisión de ingresar en la orden benedictina y dedicar su vida a los rezos en la abadía. Ora et labora.

Salgado es una de las personas que más me ha impresionado. Es un monje de profunda vocación, que aúna su extraordinaria humanidad con una gran formación intelectual.

«Todas las grandes obras han nacido del silencio», dice el prior, que reflexiona sobre la importancia del recogimiento interior y de la introspección en este mundo de las redes sociales y de la información como espectáculo.

Moisés Salgado y el monasterio de Silos, que sobrevive con 25 monjes, son para mí el símbolo de esa Laponia del Sur, de esa Castilla profunda que conserva una identidad que se transmite a través del transcurso de las generaciones y en la que podemos hallar una espiritualidad que brilla en la oscuridad de estos tiempos.

Tengo que confesar que la obra de Cerdà me ha producido una profunda nostalgia de mi niñez y de mi adolescencia, cuando recorría con mi tío Ventura los pueblos de La Bureba e iba con mis padres a la matanza en Castil de Peones.

La verdadera patria es la infancia y yo vengo de esos páramos fríos y desolados donde el invierno dura hasta mayo. Por esta época se empiezan ya a ver las primeras cigüeñas mientras la jornada alarga con un resplandor mortecino. Laponia del Sur, acunada por los siglos, sigue dormida y tal vez no vuelva a despertar jamás de sus sueños de gloria y piedra.

---